



Arte: JLD

## La curación de José Sastre

Y hablando de milagros... Sí, disculpe, ya sé que usted no está hablando de ningún milagro, sino que está echado panza arriba en la cama leyendo un cuento. Lo que sucede en realidad, es que yo estoy recordando -con bronca, si he de ser sincera- uno de mis últimos encuentros con el cura Atilio, capellán de la capilla del hospital. Un encuentro en el que tuvimos unas de nuestras acostumbradas discusiones, porque él siempre ve milagros donde yo solo veo fenómenos naturales, aunque esta vez fue al revés y me dejó un sabor amargo que no puedo dejar de regurgitar. Estas discusiones periódicas siempre terminan con un entusiasta y tupido intercambio de diatribas, bien parejo por ambas partes: él que me dice apóstata, yo que lo trato de ingenuo; él que me califica de atea, yo que lo llamo hipócrita; él que me larga un ¡hereje!, yo que le grito ¡oscurantista!, y así van subiendo de tono los improperios hasta que él pierde todo el sentido del decoro eclesiástico y yo todo mi estilo científico y doctoral. Porque yo soy médica, ¿sabe? Y él... Bueno, ya le dije que es un cura. Además yo soy agnóstica y él es, por supuesto, creyente; yo soy razonable y él es un fanático. Pero además yo soy libre pensadora y él un dogmático, yo soy analítica y él es un sofista, yo soy ecuánime y él es un camandulero, enredador, vendedor de estampitas, engañador de almas sim-

ples, comerciante a ultranza, charlatán de feria, y dispensador de opio espiritual.

Bien, puede que no sea demasiado objetiva, pero en términos generales puedo decir que éstas son nuestras insalvables diferencias. Pero tenemos también algunas cosas en común, por ejemplo: yo estoy medio vieja y él está bastante viejo, yo vivo en contacto con los enfermos y él vive en contacto con los enfermos, yo soy un tanto terca y él es muy terco, yo soy algo iracunda y él es un gran iracundo, yo soy tal vez un poco mal hablada y él es un campeón del lenguaje soez. Pero hay nexos más importantes, uno de ellos es que yo soy su amiga y él es mi amigo. Sobre esto último no nos cabe duda a ninguna de los dos, a pesar de que ambos nos negamos no sólo a dejarnos convencer por las razones del otro, sino que siempre calificamos de simplezas, paparruchadas, infantilismos, sandeces, tonterías, burradas, necedades, incongruencias y boludeces a cualquier opinión que el otro vierta, por muy bien fundamentada que ésta esté. Yo me niego a brindarle objetividad y él me niega la caridad cristiana. En definitiva, nos comportamos el uno respecto al otro, como dos cerdos mugrientos. Somos -espiritualmente, se entiende- lo más parecido a un matrimonio que se pueda dar fuera de él.

Él se lo pasa buscando milagros documentados- y corroborados por médicos- de la Virgen de Lourdes o de Fátima, para refregármelos por las narices y yo investigo cuánto descubrimiento científico se publique que desmerezca tales milagros para tirárselo por la cabeza. Estamos frente a frente ignoramos la paz, desconocemos la concordia, renegamos de la tolerancia, competimos sin piedad y nos puteamos sin asco. En una palabra: nos amamos. Sí, ríase si quiere, pero cada cual expresa lo que siente a su manera. La nuestra es esa.

Ahora bien, este padre Atilio, como sacarme de quicio me saca siempre, pero la última vez realmente se le fue la mano.

Se comportó como un auténtico animal. Tanto que cuando llegó la hora de los insultos terminé por tratarlo —con gran satisfacción, lo reconozco— de energúmeno, bestia, eunuco, hijo de puta y sodomita. Lo malo del caso es que el muy canalla ni se enteró, ni me escuchó si quiera. Estaba de lo más entretenido tratándome a mí de infeliz, vieja solterona, ignorante, puta de mierda y delegada de Satanás.

Sí, acertó usted. Nada de esto suena demasiado edificante, hay que reconocerlo. Si por ahí hasta me da un poquitín de vergüenza. Pero dígame si no tengo razón: la única vez que yo le presento un auténtico milagro, un milagro como para que se relama de gusto, comprobado por mí personalmente y avalado por el testimonio de todo el personal del hospital; que él mismo hubiera podido comprobar con sólo tomarse la molestia de ir hasta la cama seis de la sala de hombres, el muy atorrante se da el lujo de desacreditarlo, minimizarlo, ridiculizarlo, destruirlo, hacerlo hilacha. ¿Y todo por qué? Porque dicho milagro no fue producido por una santa canonizada por el Vaticano ni con diploma de la Santa Madre Iglesia. ¿Se da cuenta? ¡Burócrata!

Ahora sí vuelvo al comienzo de la narración:

—Y hablando de milagros —le dije—, ¿Se enteró del caso de don José Sastre?-. Ahí fue cuando se armó.

Pero la finalidad de este relato no es la de contarles mis degradantes y poco paquetas camorras con el cura, sino la de poner a su consideración un milagro del que me tocó ser testigo. Un fenómeno tan inexplicable para la ciencia, que no me quedó más remedio que reconocerlo como milagroso, muy a mi pesar.

Se trata de don José Sastre. Diabético don José. Muy diabético. Una mermelada de hombre. Gordo el pobre, pero gordo, gordo. Enormemente enamorado de su mujer. Su amor por Normita era tan tenaz y desenfrenado como lo eran su gordura y su diabetes. Un hombre que por deficiencias culturales no llegó a hacer grandes cosas, pero las que

hizo, las hizo a lo grande.

Cada dos por tres caía en coma. Y cuando digo caía me refiero a que caía sin vueltas, se derrumbaba en el suelo como una vaca con sus ciento cuarenta kilos desparramados, para desesperación de vecinos y parientes que tenían que sudar para levantarlo. Pobre don José, a raíz de esos pertinaces ataques últimamente pasaba más tiempo internado que en su hogar.

Él sabía muy bien la forma en que se tenía que cuidar, incluso había aprendido a colocarse solo las inyecciones de insulina, pero sufría además de ese mal concomitante que aqueja a todos los diabéticos: la compulsión por comer. Ponía voluntad, eso es innegable, hacía buena letra una semana o dos, pero de pronto (sobre todo cuando tenía algún disgusto, que por cierto y gracias a Normita le sobraban) se lo encontraba debajo de la mesa, babeándose inconsciente, con los pantalones mojados y abrazado a un tarro de dulce de leche a medio consumir.

Como es de suponer y dado que en el hospital se lo consideraba a José Sastre como un paciente de mi propiedad exclusiva- aunque yo lo hubiera regalado de muy buena gana- , cada vez que llegaba la ambulancia y se solicitaban ocho voluntarios para bajar la camilla, enseguida había alguien que me anunciaba: "Ahí llega su almíbar Sastre. Ya llegó el ingenio azucarero local. Doctora, aquí está su dulce tormento. Volvió su terroncito de azúcar. Ya está aquí su bombón de miel". Cuando oía estas o similares estupideces, ya sabía a quién se estaban refiriendo. A estos anuncios yo invariablemente respondía: ¿Será posible, carajo, que tenga que lidiar otra vez con este gordo cornudo? (lamentable falta de ética, sin duda, pero mis razones tenía para decir eso, no vaya a creer que hablaba porque sí). Y cuando después de mecharlo de insulina, el gordo abría un ojo y reaccionaba, invariablemente también me encontraba a mí a su lado diciéndole:

—La próxima vez que se mande una broma de éstas lo dejo morir Sastre. Parece mentira, ¡hombre grande! ¿No tiene cabeza para pensar, eh? Hasta cuándo piensa seguir jodiendo, che. ¿Qué no es hombre para aguantarse, acaso? ¿No piensa en su familia, en su hijo, en la Normita? Así que óigame bien porque esta advertencia va en serio: la próxima vez lo dejo morir. Ya me tiene podrida con sus mañas, qué quiere que le diga. Usted no tiene límites, che; cuando no es el dulce de leche es la mermelada de sandía o la jalea de membrillo o los tallarines con pesto, pero al final la que se jode siempre soy yo. Usted sabe que los hidratos de carbono para usted son un veneno, lo sabe muy bien, así que basta de hacerse el tonto. Si se quiere suicidar, agarre un revólver, pero apunte justo aquí —señalándole la zona óptima— de manera de que cuando me lo traigan aquí ya esté bien frito y yo no tenga que renegar más con usted. Cosa seria, semejante hombrazo mandándose esas macanas. Así que ya sabe y va por última vez: en la próxima lo dejo que reviente.

El pobre hombre asentía arrepentido y hasta llegó -para mi vergüenza- a besarme las manos y a prometerme con lágrimas en los ojos que "nunca más, nunca más, nunca más"; pero yo sabía muy bien que en la primera de cambio se iba a topar con una bandeja de merengues rellenos de chantillí, que se entablaría desigual batalla y que los merengues resultarían vencedores. Él también sabía muy bien que cuando abriera otra vez los ojos, si es que los volvía a abrir, me encontraría allí, para repetirle el mismo sermón.

Invariablemente también, cuando yo estaba terminando de endilgarle mi filípica a Sastre, se aparecía el padre Atilio haciendo su acostumbrada ronda de consolación, y nada más que para envenenarme la vida, le decía con esa voz untuosa especial para pacientes:

—Te has salvado por un milagro de Dios, hijo mío-. Entonces yo, que generalmente estaba de malas pulgas por haberme pasado la noche en vela para sacarlo del trance al

gordo, me ponía frenética y empezaba a gritarle: -Pues la próxima vez quédese usted a vigilar el milagro, porque yo no estoy dispuesta a servirle de pinche a su Dios. Al final Él siempre se lleva los laureles por los pacientes que se salvan y yo cargo con la culpa por los que se mueren.

Entonces, la voz del padre Atilio perdía todo rastro de untuosidad, para responderme también a los gritos, que cómo pretendía una mujer enferma de soberbia como yo haber salvado a ese gordo tonto (así decía: "ese gordo tonto", delante del mismo gordo tonto, sin tener para nada en cuenta sus sentimientos) con mis sueros y mis pócimas, ni cómo pretendía haber salvado a nadie en mi vida, cuando eso no estaba en absoluto en mis manos sino que dependía de una fuerza superior, cosa que mi escaso cerebro no alcanzaba a comprender. Yo me erizaba y le respondía con algo aún más espeso. La cosa seguía su cauce acostumbrado y nos sacudíamos las plumas hasta que el gordo se tapaba la cabeza con la almohada o llegaba la enfermera de turno para sacarnos amablemente a patadas a los dos.

José Sastre es zapatero, lo que es mal oficio para un hombre con esa patología. José Sastre es celoso lo que también es un mal problema para un hombre con esa patología. José Sastre sufría el agravante de tener una esposa que no hacía precisamente un culto de la fidelidad, lo que es un mal problema para cualquiera, aún sin patología alguna.

La vida de José Sastre no era un lecho de rosas. Al igual que todo el mundo él admitía varias calificaciones a la vez. De cualquiera se puede decir por ejemplo que es alegre, hipertenso, inteligente, sinvergüenza, abogado y bebedor. De todo ello se puede computar cualidades buenas, malas, más o menos o neutras. En el caso de José Sastre, como ya vimos era gordo, diabético, goloso, zapatero, celoso, enamorado, tonto y cornudo. Como ve, puras desgracias.

La última vez que lo internamos no estaba en coma. Había sufrido un desgraciado accidente doméstico-laboral.

El mismo me lo contó. Resulta que le estaba cambiando la media suela a la enorme bota de un agente de policía, con esos semejantes clavos que tienen, cuando cayó una vecina a retirar la zapatillita del nene que el día anterior le había dejado para que la cosiera. Justo ese día José Sastre andaba bien. Había desayunado su te con edulcorante y dos galletas de salvado, había comido su huevo duro a media mañana, y no había tenido que levantarse cada ocho minutos para orinar, como ocurría siempre que tenía la sangre inundada de azúcar. Normita no había salido de la casa en todo el día, así que todo era bonanza en el alma y en el taller de zapatería de José Sastre. Pero sucedió que cuando le estaba entregando ya el vuelto a la vecina, después de envolver la zapatillita que había quedado como nueva, la vecina que había ido más que todo para eso, no se pudo aguantar más y con toda la diplomacia del mundo le comentó: "Allá está otra vez la Normita, detrás del gallinero, conversando con el policía dueño de esa bota; así que mejor se apura a terminarla don José si no se quiere quedar sin almorzar, porque la Normita, de tan buenaza que es, por entretenerle los clientes para que no pierdan la paciencia, capaz que se olvida de venir a prepararle la comida".

Bienintencionada, dentro de su ignorancia, la vecina.

Algunos creen que los tragos amargos ayudan a neutralizar el azúcar en la sangre. En el fondo y a su manera, esa vecina estaba ejerciendo los más elementales deberes de la solidaridad humana. Le aplicó lo que en la jerga médica llamamos un tratamiento de shock. A veces a nosotros también nos fracasa. La vecina no se quedó para ver el resultado de la terapéutica, recibió su vuelto y se fue.

Ya sabemos lo celoso que es José Sastre así que, cualesquiera fueran las intenciones de su vecina, él reaccionó mal. Entró a martillar el taco de la bota, pero con bronca, como si fuera la planta del pie del policía, y para peor, con la mente en otra parte. Es bien conocido que hasta para realizar el tra-

bajo más humilde se requiere de concentración, pero como para concentración estaba el pobre hombre después de semejante noticia. Se encegueció, entró a pegarle a la suela sin ton ni son, metiendo un clavo por aquí, otro por allá, pero con fuerza; hasta que uno de esos golpes no dio sobre suela ni clavo sino sobre la mano izquierda del mismo don José. ¡Soberano martillazo, sí señor! De los mejores. Dos metatarsianos hechos puré.

Eso no mata a nadie, es verdad. Dolor, hinchazón, inmovilidad y una catarata de exabruptos cuando más. Pero no se olvide de la diabetes de este hombre. Un golpe para un diabético, suele ser de mucho peor pronóstico que para uno sano. Más aún en el caso de José Sastre, que no dijo nada a nadie y se quedó rumiando sus dolores (el de la mano y el de los cuernos) sin consultar. Cuando lo trajeron, casi a la rastra, ya tenía la mano negra: gangrena.

—Esta vez sí que se jodió feo don Sastre —le dije sin gritar—. Cuando la mano se pone negra no queda más remedio que cortar. Aquí no hay vida, no hay circulación, no hay nada. Su mano está muerta, qué le vamos a hacer. ¿Se acuerda que le dije que tenía que tener mucho cuidado de no lastimarse los pies? Bueno lo que vale para los pies vale también para las manos. Usted tiene mala circulación por todos lados a causa de su diabetes. Esto ahora no tiene arreglo m'hijo, si no amputamos va a ser peor.

Se negó. Podrida o no, él a su mano la quería allí.

La llamé a Normita, la causa de sus tormentos, para ver si ella lograba convencerlo. —Tu marido se mancó porque vos, con tus calenturas con el agente lo hiciste poner nervioso— le dije para comprometerla—, así que ahora hacé algo para salvarle la vida ya que la mano está perdida sin remedio—. Normita trató, pero nada.

Lo llamé a su hijo, que ya estaba bien crecido y no tenía ni un pelo de tonto:

—Che, flaco —le dije—, la cosa viene brava. Si no amputa-

mos tu viejo se nos muere-. El muchacho trató. Nada. José Sastre no aflojaba ni un tanto así.  
Me tragué el resto de mi amor propio y lo mandé llamar al padre Atilio:

—A ver, hombre, si sirve para algo útil alguna vez (tampoco es cuestión de andar pidiendo favores con servilismo).

—¿Qué necesita de mí, doctora?

—Convénzame a José Sastre para que se deje amputar la mano, que se le ha declarado una gangrena y se me está pudriendo en vida.

—¿El gordo tonto?

—El mismo.

—¡Pobre hombre! Oraré por él —me respondió.

—No necesito que ore sino que lo convenza para que se deje curar-, le contesté ya a punto de montar el Picaso.

—Usted no lo necesita pero él sí-. ¡Qué hombre más insoportable!

Igual fue a hablarle, pero no hubo caso. Nada. Insistía en que con una sola mano no iba a poder trabajar.

He visto hombres brutos en mi vida pero dudo que vuelva a encontrar otro ejemplar como José Sastre.

—¿Cuánto cree que va a poder trabajar con ese pedazo de su propio cadáver que lleva ahí colgado? —intervine interrumpiendo los razonamientos del cura-. Lo único que va a ganar si se obstina es que esa mano le arrastre todo su tremendo corpachón hasta la tumba, en poquitos días nomás.

—Si es la voluntad de Dios me iré, pero entero-. Vi en esa respuesta la nefasta influencia del padre Atilio y me enneguécí de odio. Como no podía ensañarme con un pobre enfermo ignorante, lo atacué al cura:

—Y usted, aprendiz de hechicero, ¿acaso no le dijo que dejarse morir pudiendo salvarse es para Dios un equivalente a un suicidio y que se va a hacer chicharrón en el infierno?-. Yo no estaba muy convencida de todas esas zarandajas, pero para salvar una vida todo vale. Así que seguí pinchán-

dolo al padre: -Parece mentira, la gran perra, un hombre que se pasa los días con los evangelios en la mano, que no sea capaz de enterarla a esta pobre alma descarriada de un concepto cristiano tan elemental. ¿Es que acaso no sabe su oficio que tengo que venir yo a enseñarle lo que le tiene que decir a una de sus ovejas?

-Déjese de hipocresías, doctora —me increpó el cura que ya me había calado la intención. —Usted no quiere que yo le salve el alma a una de mis ovejas, sino que le ayude a salvar uno de sus pacientes para vanagloriarse después, vieja abusiva!

-No discutan por mí, por favor-, intervino José Sastre, barruntando que la cosa estaba a punto de pasar a mayores.

-Dios me ha de perdonar si muero, por lo mucho que sufrí.

¿Qué se puede hacer con un hombre así?

Para colmo el padre Atilio me da el golpe de gracia diciéndome: -Debemos tener confianza en Dios, hija mía-, usando la voz untuosa y todo. No lo pude soportar. Tolero que me diga cualquier barbaridad (y bien sabe Dios que los epítetos que me obsequia el desgraciado haría enrojecer de vergüenza a un ciruja), pero ese "hija mía" fue demasiado humillante para mí.

-Pues entonces, "cielito", aguánteselo usted al gordo. Yo tengo que ocuparme de los pacientes que confían en mí —y salí rajando las baldosas con mis tacos, para demostrarles mi indignación y mi desprecio a los dos.

Ahora tengo que reconocer una cosa: estuve floja. Sí, porque el deber de un médico es luchar hasta el fin por la vida de un paciente. Hay tres premisas médicas fundamentales a cumplir en un caso de esta envergadura: salvar la vida, salvar el miembro, salvar la función; en este orden de prioridades. El miembro y consecuentemente su función estaban irremediablemente perdidos. Yo debí haber luchado más para salvarle la vida a José Sastre. Esa debilidad mía es algo

que llegó a pesarme mucho después.

La cuestión es que yo me encocoré y volví cuando en mi propio consultorio terminamos de insultarnos mutuamente con el cura, para decirle que si no me permitía hacer lo único que la medicina prescribe para estos casos, que se fuera con su mano podrida, sus kilos y sus penas a otra parte, porque no podía hacer nada más por él. Pero antes de echarlo le hice firmar con la única mano buena que le quedaba, un documento donde constaba su negativa a dejarse operar, para poder aplastárselo en la jeta al primero que se largara a decir que José Sastre había muerto por mi culpa, con la secreta esperanza que ese primero fuera el padre Atilio.

Me despedí de mi paciente deseándole feliz muerte y feliz estadía en el otro mundo, para no volver a verlo hasta dos semanas después, cuando se volvió a internar con sus dos manos tan sanas como las mías y tuve que reconocer que un hecho milagroso se había producido.

Por supuesto, apenas llegó y supe lo de su mano, acerqué a su cama la banqueta blanca de hierro y no me moví de allí hasta que no me contó hasta el último detalle.

El día que José Sastre dejó el hospital con su mano muerta en cabestrillo, Normita (que no será la reina de la fidelidad pero demostró tener una lealtad de hierro) lo estaba esperando con las valijas preparadas y dos pasajes para el tren. Se fueron a San Juan. En la capital de esa provincia José Sastre tenía un cuñado (que fue el que propuso esa descabellada excursión). Llegaron, bajaron del tren y subieron al camión del cuñado que los está esperando para llevarlos hasta Caucete. Allí se bajaron José y Normita (que gran mujer resultó ser esta Normita) y comenzaron a caminar rumbo al este siguiendo la ruta pavimentada -treinta y pico de kilómetros largos en medio de una desolación que ni le cuento- hasta llegar a un paraje muy particular llamado Vallecito. El cuñado los seguía en el camión y durante el tra-

yecto tuvieron que auxiliarlo en varias oportunidades, pues en esa travesía bárbara José Sastre amenazaba con morirse a cada paso y quién sabe qué fuerza desconocida y poderosa lo sostuvo, aparte del brazo protector de la Normita, para que lograra traspasar el pozo su de sufrimientos, superar la debilidad de su carne torturada, elevarse sobre su propia miseria y llegar a su destino -en las últimas eso sí, pero sin estirar la pata-. La cuestión es que a la larga llegaron.

Al arribar a ese paraje, tanto José Sastre como Normita, después de que el primero hubo descansado un rato en el colchón que traía el cuñado, echaron rodilla en tierra, no para orar sino para continuar así la marcha. No se extrañe usted. En ese lugar, actitudes aun más estafalarias se ven todos los días. Caminando en esta poco confortable posición, ya en límite de sus fuerzas, José y su mujer emprendieron el escarpado camino de piedras que culmina en la enorme escalera que lleva hasta el santuario de la Difunta Correa, muy venerada en la zona por su gran fama de milagrera -fama que traspuso las fronteras de Cuyo, e incluso de la patria- y temida por su reputación de cobradora. Según dicen, que no le vaya a quedar a alguno una promesa sin cumplir porque es más brava que una hipoteca.

La historia de esta mujer es verdaderamente asombrosa. Cometió en vida la misma barbaridad que acababa de cometer José Sastre, pero con el agravante de que se largó sola por esas devastadas inmensidades, donde no debe haber habiendo en ese entonces más camino que un sendero de mulas, con su hijito en brazos y sin más ayuda que la voluntad de seguir a su hombre, que andaba peleando en La Rioja, en la época en que los forjadores de nuestra historia se desangraban en luchas internas. Llegó hasta lo que hoy es Vallecito y cayó muerta, salvando a su hijo con la leche de su pecho inerte, que a pesar de la muerte siguió manando para él, para que permaneciera con vida cuando su destino seguro era blanquear sus pequeños huesos al sol del desierto. Lo

rescataron unos arrieros que acertaron pasar por el lugar, enterraron a la madre y esparcieron la noticia de esa milagrosa salvación. Erigieron su santuario allí, en memoria de ese milagro- que en definitiva no fue tal-, el de haber dado vida con su cuerpo muerto.

Yo conozco San Juan y le puedo asegurar que esa zona realmente se las trae: cerros pelados, sol rabioso, piedras inhóspitas, sequía, soledad sin nombre, desolación sin límites. Conocer ese agreste paisaje hace que la historia de la Difunta Correa sea aún más conmovedora. Ahora si pensamos bien la cosa, vemos un fondo de insensatez en eso de largarse por el desierto, sin agua, cargando un bebé, pero en fin, la fe popular la ha santificado. Sus razones habrá tenido la pobre para cometer semejante torpeza.

Su santuario merece un párrafo aparte. Más que un santuario parece un complejo de grandes almacenes, o un museo donde algún coleccionista loco hubiera guardado cuánta cosa rara existe en este mundo, así, a lo bestia, sin discriminar entre las cosas valiosas, las berretas y hasta las cochinas. Sus devotos se comportan como si la Difunta aceptara cualquier cosa en pago de sus favores. Dentro de esas construcciones se pueden encontrar objetos tan insólitos como las joyas de una condesa española, la cabellera de una niña, férulas de yeso usadas de todas las medidas y dudosa higiene, vestidos y tocados de novias, chupetes infantiles, zapatos ortopédicos y muletas, ojos de vidrio, guantes de campeones de pugilismo, replica de distintos órganos internos confeccionados en los más variados materiales (desde tiroides de plata hasta úteros de cartapesta), botines y camisetas de futbolistas, abrigos de pieles valiosas, piezas de cornería, montañas de cirios, miles de botella de agua como para mitigar una sed profunda (que seguramente ella ya no sufre) y la mar de cosas imposible de clasificar y hasta de definir. Todo lo cual induce a pensar; ¿para qué querrá la

Difuntita semejante cúmulo de porquerías? Pensamiento irreverente y hasta temerario, porque no tiene en cuenta que detrás esa materialidad sin peso y esa utilidad incógnita, hay un insospechado mundo de dolores, lágrimas y miserias aliviadas y un universo de ¡GRACIAS!, expresadas y todos los idiomas.

Hasta allí llegó José Sastre. Un José Sastre desfalleciente, con sus ojos de alucinado, machucando cada vez más sus desolladas rodillas que dejaban regueros de sangre sobre los escalones de piedra, acompañado y sostenido siempre por Normita, que también dejó jirones de piel en el trayecto (insisto en que Normita resulto ser una mujer como hay pocas). Con el último aliento y ya con la mente obnubilada por el sobrehumano esfuerzo, arrastrando su mano gangrenosa, siguió hasta caer de bruces sobre la imponente estatua de una mujer muerta amamantando a un niño, para dejarle en ofrenda... No sé... ¿Los cuernos?... ¿Qué pudo haberle dejado José Sastre? ¿Qué tenía él para ofrecer a cambio de esa mano que tan tenazmente se negó a dejarse arrancar? ¿Qué podría haber dado el pobre a cambio de algo tan valioso como esa mano que le servía para mantener y acariciar a esa mujer traidora y abnegada a la vez? Él no tenía nada que valiera tanto. Ni sus cuernos. Aunque tal vez para ese entonces ya ni le importaban los cuernos. Tal vez no le importaba ni siquiera la mano. Todo deja de tener importancia cuando ya se han traspuesto todo los límites. Acaso le dejó solamente la principesca ofrenda de su fe.

De lo que a mí me interesaba nada pudo decirme José Sastre. Le ayudaron a posar su negra mano putrefacta sobre el pecho desnudo de la Difunta y se desmayó (o se durmió, o entró en éxtasis). Ni el mismo sabe lo que le pasó. Solo sabe que después de caminar todos esos kilómetros, sintiendo que la vida lo abandonaba metro a metro, murmurando "...un poco más, solo un paso más, tengo que dar un paso más, Difuntita dame fuerza para dar un paso más"; sin

recordar ni siquiera la razón por la que quería llegar hasta allí. Cuando llegó se sentía como un montañista al alcanzar la cima: sin fuerzas para gozar del triunfo y agradecido de poder hundirse al fin en el blando abismo de la nada, aunque esa nada fuera la misma muerte, para poder liberarse del suplicio de la marcha.

Cuando despertó (o reaccionó, o volvió en sí, de quién sabe qué espacios), encontró a su Normita ensangrentada, extenuada, bañada en lágrimas, acariciando esa mano. Mano que no solo no tenía ni una cicatriz, sino que hasta había recuperado sus antiguos callos, los padrastrós y hasta el negro de las uñas. Miró a Normita, miró su mano y lo único que atino a decir fue: ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!. No vio el proceso de resurrección de su parte muerta. No vio cuando se le cambió de color, ni cuando la sangre retomó su curso dentro de sus arterias corrompidas, ni cuando crecieron los pelos y restituyeron las pequeñas arruguitas de la vida. Solamente vio la misma mano que tuvo siempre, asombrada ante la desacostumbrada caricia y no quiso, ni pudo, ni le importó saber. No preguntó nada. Allí estaba su mano y estaba la de Normita sobre ella. Podría haber muerto en ese momento, tanto le daba. Era feliz. Había alcanzado un instante supremo de dicha. Su sabiduría innata de hombre simple le dictó que no había nada más que saber, nada que preguntar, ni nada que decir; miró esas dos manos vivas y enlazadas, y murmuró: ¡gracias!

Cuando lo volví a encontrar en el hospital diez días después, lo primero que hice fue llamar al padre Atilio. -¿Usted quería un milagro? Aquí lo tiene, le dije con espíritu deportivo. El tipo se inclinó sobre la nano, la tocó suavemente, le dio un par de palmaditas y se fue. Cuando pasó a mi lado me susurró al oído:

-¡Pavada de error diagnóstico! —lo seguí hasta el fondo del pasillo y allí se armó la bronca.

En fin... ¡Que podemos hacer! Él es así.

Nunca sabré si el milagro fue realizado por la Difunta Correa o por Normita.

Esa misma noche le amputamos las dos piernas a la altura de los muslos.

¿Y qué quiere después de semejante caminata? No es faena para un diabético.